

lo cual no tomó por confesor a ningún jesuíta (1). Su influencia sobre el Pontífice la hubo de compartir Torrigiani aun por largo tiempo con Spinelli, el cual, hasta que le sobrevino la muerte el 11 de abril de 1763, se aferró en su actitud antijesuítica, cosa que le hizo desmerecer el fin de su antiguo valimiento para con el Papa (2). Como antes lo fuera en los asuntos temporales (3), al presente llegó a ser también Torrigiani el árbitro en los eclesiásticos. Persuadido de que los jesuítas eran atropellados con flagrante injusticia y de que en último término en ellos se pretendía alcanzar la Santa Sede, se puso el secretario de Estado con el mayor denuedo de parte de los perseguidos, actitud que naturalmente le granjeó el odio a muerte de todos los enemigos de los jesuítas. Hasta qué punto llegara esta inquina se desprende de los libelos difamatorios que, al amparo del anónimo, pintan con los colores más tétricos la figura de Torrigiani (4).

(1) Informe del embajador lucchese del 9 de diciembre de 1758, en Sforza, 17.

(2) Véase las \*Cartas de Brunati a Colloredo del 23 y 24 de abril de 1763, loco cit., y los informes del embajador lucchese en Sforza, 29, 32.

(3) V. la página 297 del volumen XXXV.

(4) Uno de los libelos difamatorios más apasionados lleva por título \*Carattere di Clemente XIII e di vari altri personaggi di Roma, 1766, Cod. 41 A 5, paginación roja, 47 ss., *Biblioteca Corsini de Roma*. Muy difundida (otras copias: Cod. Z 6, p. 15 ss. de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*; además, Cod. 8430, en el *Museo británico de Londres*, en el Fondo Gesuit, 196, p. 348 ss. de la *Biblioteca Vittorio Emanuele de Roma* y en el *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*, aquí lleva la fecha de junio de 1766), ha servido esta infeliz obra por largo tiempo, a pesar de confundir lamentablemente la verdad con la falsedad, de norma y orientación a las opiniones de los historiadores. El mismo Ranke (III, 134, nota 2) basa sus verificaciones en este parcial escrito. Con razón ha afirmado ya en cambio Dengel (Garampi, 84, nota 4) que la obra de un adversario tan furibundo de Torrigiani, como lo es el anónimo autor, sólo puede ser utilizada con precaución. Rebosando espíritu antirreligioso se mofa el autor de manera indigna de la piedad del cardenal nepote Rezzonico y vierte sobre Torrigiani un cúmulo de acusaciones, infamias y calumnias. Que Torrigiani, no obstante su gran influjo, se sometía siempre en último término al Pontífice lo demuestra Garampi (Dengel, Garampi, 84, nota 5); que jamás ofendió a los diplomáticos con violencias y desplantes, v. anteriormente la nota 3 de la pág. 21; que el cardenal no fué tan egoísta como el autor quiere hacer creer, lo demuestra el hecho de haberse resistido en absoluto a admitir la dignidad de camarlingo aun cuando era compatible con la secretaría de Estado (v. el \*Informe de Brunati a Colloredo del 22 de junio de 1763, loco cit.; cf. anteriormente la nota 5 de la pág. 20). El odio del anónimo libelista que repite las calumnias lanzadas por Almada (cf. más adelante, el cap. VI) provenía de la actitud favorable a los jesuítas que adoptó Torrigiani. Por esta causa se difama también a las demás personas del inmediato cortejo de Clemente XIII. Así dice: Il confessore Msgr. Adeodato Barcali [párroco de San Biagio della Pagnotta] regola la coscienza del Papa da vero

En cambio, sus cartas a los nuncios nos ofrecen una espléndida justificación del cardenal, el cual estaba íntimamente convencido de que debía actuar con la mayor energía en defensa de los derechos de la Iglesia y en favor de sus más fieles vasallos los jesuítas.

Torigiani era ferviente adicto del Pontífice, a cuyo dictamen se sometió siempre aun cuando su propio parecer fuera distinto (1). A pesar de todos los enconos sostuvo su elevada posición durante todo el pontificado (2), en lo cual se vió favorecido sin duda por la circunstancia de la delicada salud que de ordinario tuvo Clemente XIII. Ya en 1759 sufrió el Papa repetidos accesos de fiebre; los médicos le prescribieron en vista de ello una larga estancia en Castel Gandolfo, adonde se trasladó el Pontífice el 3 de junio (3). Este cambio de aires produjo efectos tan benéficos (4), que en los años siguientes se trasladaba el Papa regularmente al magnífico palacio situado sobre el lago Albano en los meses de mayo y octubre. Durante estas *villeggiaturas* se paralizaba tan poco el curso de los negocios, que se podía decir que el Padre Santo sólo cambiaba de lugar; lo mismo que en Roma eran recibidos en Castel Gandolfo cardenales, embajadores y secretarios de congregaciones. En sus horas libres visitaba el Papa diariamente el Santísimo Sacramento en alguna de las iglesias colindantes, coyuntura que aprovechaba para repartir cuantiosas limosnas a los menesterosos (5). En la primavera de 1762 trocó su residencia de campo por Civitavecchia, donde también distribuyó con largueza limosnas y visitó el hospital. Aprovechó una expedición a Corneto para visitar a los prisioneros allí residentes. En Civitavecchia no excluyó Clemente XIII de su caridad a los galeotes y dió orden de erigir un hospital para enfermas y huérfanos (6).

A comienzos de 1763 sufrió el Papa una oftalmía. Su progresiva

terziario professo della venerabile società. Los méritos de Torrigiani, debidos a sus esfuerzos por mejorar la Campagna, son elogiados por un conocedor de la talla de Tomassetti (II, 227).

(1) Cf. la nota anterior.

(2) No llegaron a realizarse los designios de hacer dimitir a Torrigiani, de los cuales informaba \*Albani a Colloredo el 2 de enero de 1762 (*Archivo público de Viena*).

(3) Novaes, XV, 19 ss.

(4) Cf. el \*Informe del cardenal Portocarrero a R. Wall del 28 de junio de 1759, *Archivo de Simancas*.

(5) Novaes, XV, 20, 68 ss.

(6) *Ibid.*, 64 ss.; Guglielmotti, *Ultimi fat'i*, 187.

obesidad hacía temer ya entonces que su vida no fuera muy duradera (1), temor que en 1765 parecía iba a trocarse en triste realidad. La tarde del 19 de agosto visitó Clemente XIII, según su diaria costumbre (2), el Santísimo en la iglesia de San Roque. Durante el piadoso acto le sobrevino al congestivo y corpulento pontífice un síncope tan grave, que llegó a inminente peligro de muerte y se le administró la extremaunción. Empero pronto se restableció y pasados dos días ya se trocaron en acción de gracias las rogativas que habían sido prescritas a las iglesias (3). No obstante las tranquilizadoras aseveraciones de los médicos, temían muchos que el Papa terminaría entonces sus días. El gobierno de Madrid encargó a su representante que informara sobre los miembros del sacro colegio con el fin de estar prevenidos para el evento de un conclave (4). En la noche del 14 de diciembre tuvo el Papa otro síncope parecido, aun cuando más benigno; y si bien tras una sangría se presentó rápida mejoría, con todo los mismos médicos se preocuparon en esta ocasión. Como se trataba de ataques apopléticos, se temía sobreviniera al Pontífice una muerte repentina (5). A los diplomáticos preocupaba como nunca el conclave (6). Si Clemente XIII, no obstante los sín-

(1) \*Informe de Brunati a Kaunitz del 3 de enero de 1763, *Archivo público de Viena*.

(2) \*Informes de Manuel de Roda y Arrieta del 14 de enero y 18 de marzo de 1762, *Archivo de Simancas*.

(3) \*Informe de Gentile a Colloredo de 21 de agosto de 1765, *Archivo público de Viena*; \*Carta de Tomás Azpuru a Grimaldi del 22 de agosto de 1765: El lunes salió el Papa a las cinco y media de la tarde, como acostumbra, a visitar las 40 horas, que estaban en la iglesia de San Roque, donde estuvo cerca de tres cuartos de hora en oración. Bolvió a su palacio y al salir la escalera sintió un afán al pecho que despreció por entonces, pero se fue aumentando tan aceleradamente que lo puso a las puertas de la muerte de cuyo riesgo está no solo libre gracias a Dios si que se halla tan mejorado que los médicos aseguran haber recobrado la salud (*Archivo de Simancas*). Cf. también Sforza, 39.

(4) \*Carta de Azpuru del 26 de septiembre de 1765, loco cit.

(5) \*Informe del 18 de diciembre de 1765, *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*; \*Informe de Azpuru del 19 de diciembre de 1765, loco cit. Torrigiani escribe en cifra el 14 de diciembre al nuncio Pamfili de París: La notte di sabato 14 del corrente alle ore 6 1/2 fu sorpreso N. S. da un insulto di sangue simile a quello che soffri nell'Agosto passato. Fu per altro assai più breve e leggiero, poichè nè perdè mai l'uso di tutti i sentimenti, Nunziat. di Francia, 453, *Archivo secreto pontificio*.

(6) Albani envió el 25 de enero de 1766 un \*informe sobre el conclave, puesto que el estado del Papa era minacevole (*Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*). Azpuru había mandado ya su \*informe el 24 de octubre de 1765; por \*carta del 5 de diciembre de 1765 prometía, correspondiendo al deseo del rey, enviar todavía ulteriores noticias sobre los cardenales (loco cit.). Los pre-

tomas amenazadores arriba indicados y las emociones que los tiempos le depararon, todavía vivió varios años, lo debió no en último término a la resolución que por fin adoptó de hacer frecuente ejercicio corporal al aire libre. Perseveró en sus habituales visitas vespertinas a los templos y por las mañanas se le veía pasear con asiduidad por las magníficas villas de Roma (1).

## III

Nada era tan caro a Clemente XIII, escribe Cordara en su característica del Papa, como el bien de su pueblo (2). Cuán acertado fuese este juicio lo demostró la conducta del Pontífice en los calamitosos años de 1763 y 1764 (3). Las grandes sequías habían causado una tan mísera cosecha, que toda Italia, mayormente las regiones meridionales, sufrieron el azote de una gran carestía y miseria. Clemente XIII hizo todo cuanto fué posible por remediar la desgracia. Para socorro de los municipios se fundó en septiembre de 1763 un nuevo Monte llamado *della Abondanza* (4). La solicitud del Pontífice por proveer de aceite, uno de los artículos más importantes en Roma, la recuerda aún hoy día una inscripción que se lee en un almacén de aceite situado en la Piazza delle Terme (5). El funesto régimen climatológico que predominó desde comienzos del año 1764 había traído como secuela el que las labores de los campos no pudieran comenzar a su debido tiempo. De todos los confines de los Estados pontificios, lo mismo que de Nápoles (6) y Toscana, afluían a torrentes los menesterosos a Roma, para cuyo alojamiento y sostenimiento eran precisos los mayores esfuerzos. El Papa desplegó una actividad incansable con el fin de salvar a tantos millares de hambrientos.

parativos y las negociaciones para el conclave prosiguieron aún en 1766; v. el \*informe de Azpuru del 6 y 13 de febrero, 13 de marzo y 3 de abril de 1766, *ibid.* Al adorar al nuevo beato Simón de Roxas tuvo el Papa un nuevo acceso, por lo cual le fué dada una sangría (\*Informe de Azpuru del 22 de mayo de 1766, *ibid.*).

(1) \*Informes de Azpuru del 13, 20 y 27 de octubre de 1768, loco cit.

(2) Cancellieri, Possessi, 514.

(3) Cf. [Campelli], Penuria de'grani 1763-64, Roma, 1783.

(4) Novaes, XV, 77.

(5) De Cupis, 319. Cf. Novaes, XV, 107.

(6) \*Vita di Clemente XIII en el Cod. 41 A 5 de la *Biblioteca Corsini de Roma*; Guglielmotti, Ultimi fatti, 189.

Una congregación especial de cardenales deliberó en presencia del secretario de Estado sobre las medidas que había que adoptar (1). En el mes de marzo era en Roma tan crítica la situación, que se temió se declarara el azote del hambre, con los mismos estragos que ya hacía tiempo venía causando en Nápoles (2). A primeros de abril se celebró en consecuencia una solemne procesión de rogativas (3). El Papa quiso importar trigo del extranjero con el fin de socorrer a los hambrientos, pero Francia se negó a la exportación (4). Cuando por fin se logró hallar trigo (5), hubo que pagarlo a doble precio que el año anterior (6), por lo cual no quedó más solución que recurrir al tesoro de Sixto V existente en el castillo de Santangelo para pagar el trigo a cualquier precio, aun el más elevado. Dedújose medio millón de escudos del citado tesoro (7), pero no fué suficiente, por lo cual fué preciso en el mes de agosto levantar en la ciudad de Roma y en su comarca los mismos tributos que Benedicto XIV había prescrito en 1743 en situación análoga (8). Los mismos adversarios reconocen que el gobierno de Clemente XIII llevó a la obra en tal ocasión cuanto en sus fuerzas estuvo para mitigar el espantoso estado de miseria. Mas no ha de sorprender que no se lograra realizarlo por completo, pues el crédito estaba en bancarrota y los recursos eran limitados; por otra parte, hay que apuntar que entonces faltaban los conocimientos precisos sobre economía pública, por lo cual eran inevitables los desafueros en la subida de precios. No faltaron además gobernadores desalmados que realizaron para su

(1) \*Informe de Manuel de Roda y Arrieta del 8 de marzo de 1764, loco cit. El 5 de abril de 1764 \*informe el mismo (ibid.) que el Papa se hallaba muy impresionado por las calamidades; oraba con ahinco, incluso había celebrado en la capilla Sancta Sanctorum y lo hacía todo por remediar la carestía y falta de pan. Cf. Novaes, XV, 79.

(2) \*Brunati a Colloredo el 17 de marzo de 1764 (loco cit.): La penuria e carestia di pane in questo stato e dentro Roma è arribata a un segno, che, non ostante le più provide diligenze, si teme che si possa restare senza grano prima della nuova raccolta. En Nápoles morían ya personas de hambre. Cf. Riv. stor., 1915, 12.

(3) \*Cifra al Nunzio di Francia del 4 de abril de 1764, Nunziat. di Francia, 453, *Archivio segreto pontificio*.

(4) Informe lucchese del 21 de abril de 1764, en Sforza, 34.

(5) Procedía principalmente de Cerdeña y el Piamonte; v. el \*Breve de acción de gracias al rey Carlos Manuel de Cerdeña del 21 de abril de 1764, Epist. VI, *Archivio segreto pontificio*.

(6) Vita di Clemente XIII, loco cit.

(7) \*Informe de Brunati a Colloredo del 11 de abril de 1764, loco cit.

(8) Novaes, XV, 83.

medro aquella misma especulación de granos que estaba prohibida a los terratenientes y comerciantes (1).

Al principio se había dado albergue a los pobres en San Teodoro y en el borgo San Ángel; más tarde mandó el Papa disponer muchos albergues en las Termas de Diocleciano para los hombres y en Santa Anastasia para mujeres y niños. Los jesuitas se encargaron del cuidado espiritual de los primeros, y sacerdotes seculares atendieron al de las últimas. Hasta fines de mayo, en que por fin pudo darse comienzo a las labores de los campos, fueron atendidos de esta guisa ocho mil menesterosos de Roma: al ser despedidos, todos recibieron sendas limosnas de pan y dinero. Otro tanto ocurrió al partir los forasteros, cuyo número se señala en más de seis mil (2). El día de Pentecostés, 11 de junio de 1764, celebró el Pontífice una procesión de acción de gracias por haber cesado el público azote (3).

Con el fin de no estar en lo sucesivo completamente vendidos al extranjero, a partir de 1765 procuró Clemente XIII estimular a los terratenientes de la campiña romana al cultivo intensivo de cereales, pero el cerco de latifundios era demasiado apretado para que el plan pudiera prosperar (4). La falta de cereales del verano de 1766 (5) hubo de ser remediada apelando a la importación del extranjero; los gastos, medio millón de escudos, fueron sufragados de nuevo a expensas del tesoro de Sixto V (6). Para socorrer a los pobres se hizo extensiva en 1767 a todas las provincias de los Estados pontificios la disposición de Benedicto XIV que declaraba permitido el espigueo a los en extremo necesitados (7).

Pruebas de su gran caridad las había dado ya el Papa antes de su elección como miembro de la congregación de Trinità de' Pellegrini (8) y durante su primer año de gobierno, en el que hizo distribuir víveres entre los pobres (9) y les asignó un donativo de diez

(1) Brosch, II, 123.

(2) Novaes, XV, 79-82.

(3) Ibid., 79 ss.

(4) De Cupis, 321; Benigni, 87.

(5) \*Informes de Azpuru a Grimaldi del 31 de julio, 7, 21 y 28 de agosto de 1766, *Archivio de Simancas*.

(6) \*Informe de Azpuru del 7 de agosto de 1764, ibid.; informe lucchese en Sforza, 47.

(7) De Cupis, 322 ss. Cf. anteriormente la página 135 del volumen XXXV.

(8) Forcella, VII, 223.

(9) Novaes, XV, 16.

mil escudos que había recibido de su hermano (1). Su buen corazón lo demostró también con ocasión de su primera visita al hospital de San Giacomo donde no se desdenó de servir a los pobres y de alternar con los más repulsivos de ellos, con tanto cariño que todos se conmovieron hasta derramar lágrimas (2). La gran bondad del Papa adolecía, por cierto, de un inconveniente, y era la excesiva blandura con que era administrada la justicia, y esto no sólo en Roma, donde los muchos asilos hacían especialmente difícil la captura de los malhechores, razón por la cual reinaba una gran inseguridad (3) y los delincuentes se multiplicaban. Los registros de procesos acusan para los once años que duró el pontificado de Clemente XIII una cifra de diez mil homicidios, de los cuales cuatro mil fueron perpetrados en la Ciudad Eterna (4).

La población de los Estados pontificios ascendía en 1768 a 2036747 habitantes, de los cuales 158906 pertenecían a Roma. Desde 1736 se había realizado un aumento demográfico de 190519 habitantes en las provincias y de 8257 en la capital (5).

Muy seriamente se preocupó Clemente XIII de la difícil regulación de las aguas en las legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena (6). Asimismo pensó en la desecación de las lagunas del Pontino. Ya en 1759 le preocupaba este proyecto, cuya realización

(1) Sforza, 15.

(2) Ibid. Sobre el impulso dado al hospital de Santo Spirito v. Forcella, VI, 455.

(3) Sobre el decreto contra los bandidos de la Campagna v. Novaes, XV, 57.

(4) Ibid., XVI, 1, 27.

(5) Corridore, Popolazione, 24. El año 1763 aparecieron dos obras importantes para el conocimiento de la Ciudad Eterna y sus tesoros artísticos: R. Venuti, *Descrizione topografica delle antichità di Roma*, 4 tomos, y F. Titi, *Descrizione delle pitture, sculture e architetture esposte al pubblico in Roma*. Enorme difusión halló la guía de G. Basi, la cual con sus hermosas vistas (v. Justi II, 110, y Sulger-Gebing en el *Goethejahrbuch*, XVIII, Francfort, 1897, 220 s.) es un precursor de Piranesi. Sobre el estado en que entonces se hallaban las catacumbas v. Röm. Quartalschrift, 1911, 105 ss.

(6) Ant. Lecchi d. C. d. G., Piano per l'inalveazione delle acque dannegianti il Bolognese, il Ferrarese e il Ravennate, formato per ordine di P. Clemente XIII dal P. Lecchi e dagli architetti T. Temanza e G. Verace, Roma, 1767. Cf. \*Aviso di Roma del 5 de octubre de 1760, Cod. ital. 554 de la *Biblioteca pública de Munich*. V. también Lombardi, II, 282. Una \*carta de Brunati del 5 de marzo de 1763 pondera la dificultad de la empresa: opera di così difficile riuscita come sarà ancor quella che si sta per intraprendere sul Reno di Bologna e di Ferrara. *Archivo público de Viena*.

fué decretada en octubre de 1760 (1). El renombrado astrónomo Lalande, testigo nada sospechoso, expresó entonces su admiración por el Papa que tanto se preocupaba por el bienestar de su pueblo. En una audiencia que concedió a Lalande le rogó el Pontífice que le informara sobre algunas cuestiones técnicas referentes al caso. «Yo me permití, refiere Lalande, hacerle notar que la desecación de los pantanos pontinos sería la gloria de su pontificado, a lo cual replicó Clemente XIII casi con lágrimas en los ojos y alzando las manos al cielo: No es la gloria lo que buscamos, es el bienestar de nuestro pueblo.» (2)

En 1759 estaba ya ultimado el informe del presidente de la provincia marítima y de la Campagna, Emmerich Bolognini, quien con el auxilio del geómetra Ángel Sani hizo los estudios necesarios en la comarca pantanosa; pero la realización del proyecto tropezó con las antiguas dificultades. Sin embargo Clemente no desistió, y por un motu proprio de 1762 declaró que la empresa sería llevada a la práctica a expensas de la Cámara Apostólica. La alta dirección fué confiada al cardenal Cenci, mas al morir éste repentinamente el 2 de marzo de 1763, se produjo un estancamiento que no desapareció hasta que el 28 de noviembre del mismo año ocupó el cardenal Bonaccorsi el puesto de Cenci. Sin embargo, la realización fracasó al fin, lo mismo que en los anteriores intentos, ante la oposición de los gaetanos y de las comunidades de Sezze (3). Por otra parte, tampoco hubieran alcanzado los recursos de que disponían.

Ya en los mismos comienzos del pontificado de Benedicto XIII infundía tan serias preocupaciones el desastre financiero, que fué pedido informe a los cardenales sobre los medios con que poder reparar el mal (4). Pero los asesoramientos no llevaron al resultado apetecido. De luz clarísima queda iluminada la situación por el informe del mes de abril de 1764, según el cual ascendía en aquella fecha la deuda pública a más de setenta millones de escudos. El pago de los intereses era imposible, puesto que los ingresos tan sólo oscilaban entre dos y tres millones y faltaban las fuentes auxiliares

(1) \*Aviso del 24 de octubre de 1760, loco cit.

(2) Benigni, 87.

(3) Cf. los informes lucchese en Sforza, 24, 29, 30, 31, 37; Benigni, 87.

(4) Cod. Vat., 9724, contiene numerosos \*dictámenes de los años 1758-59 de cardenales y prebostes, entre otros también de Ganganelli, acerca de la extinción de las deudas (*Biblioteca Vatic.*). Sobre las finanzas cf. Moroni, LXXIV, 313 s.

de la agricultura y comercio de las cuales disponían otros Estados (1). En tales circunstancias no hubo más remedio que dar otra acometida al tesoro de Sixto V, si bien bajo garantía del reintegro, ya que al sacar el primer medio millón de escudos había prometido el Papa la devolución en el consistorio del 9 de abril de 1764 (2). Como en 1766 avanzara por el mismo camino, muchos cardenales expresaron su desagrado (3), el cual se hizo patente sobre todo en el consistorio celebrado el 22 de diciembre de 1766 en ocasión en que iba a sacarse por tercera vez medio millón más del tesoro (4). La oposición era injustificada, pues no se tocó el tesoro sino «después de haber recurrido en vano a todos los otros medios de reunir dinero, tras de haber fracasado la emisión de un nuevo empréstito (de trescientos mil escudos) y después que los bancos de Santo Spirito y Monte di Pietà se vieron en la precisión, para sobresalto de sus acreedores, de cubrir el irrealizable empréstito del gobierno» (5).

No había duda de que sólo una reforma fundamental tributaria podía poner orden en los asuntos económicos. Por esta razón se pensó seriamente en establecer en los Estados pontificios un sistema armónico de aduanas. Pero este pensamiento no era viable, ya que no estaba a mano disponer de los recursos necesarios para organizar las aduanas en las fronteras. En consecuencia, a fines de 1768 se tomó la determinación de elevar para los Estados pontificios, exceptuando sólo Roma y la Campagna, el impuesto sobre la molienda de harina, de lo cual se esperaba sacar un ingreso anual de doscientos mil escudos. Mas este proyecto se estrelló ante la resistencia de la población que no fué posible vencer porque no se podía tener confianza en los funcionarios (6).

Al estado ruinoso del erario se debe que no fueran llevados a la práctica proyectos de utilidad suma, como la reforma del puerto de Terracina (7) y la regulación de la desembocadura del Tíber en

(1) \*Informe de Brunati a Colloredo del 11 de abril de 1764, loco cit. Sobre el fomento de un nuevo ramo industrial (papel de lujo) v. Novaes, XV, 63 s.

(2) Bull. Cont., III, 875.

(3) \*Informe de un agente austríaco del 6 de agosto de 1766, *Archivo de la embajada austríaca del Vaticano*.

(4) \*Informe del 22 de diciembre de 1766, *ibid.* Sobre la restitución de las cantidades sacadas cf. Bull. Cont., III, 1440 s. (17 de julio de 1768).

(5) Brosch, II, 125, según informes venecianos.

(6) *Ibid.*, 125 ss.

(7) Benigni, 87.

Fiumicino (1), como también lo poco que por el arte y la ciencia se pudiera realizar.

Los artistas de más nombradía que entonces poseía Roma eran Rafael Mengs, a quien los contemporáneos equiparaban al urbinés, y el incomparable grabador Giovan Battista Piranesi.

Mengs produjo dos retratos magistrales de Clemente XIII, fué agraciado con la gran Orden de la Espuela de oro, pero en 1761, invitado por la corte de Carlos III, se trasladó a Madrid de donde no regresó a Roma hasta 1770 (2). Por tal motivo el Papa dispensó todo su favor a Piranesi, por quien ya sentía afecto como paisano (3). Piranesi dedicó a su egregio mecenas varias de sus famosas obras, primeramente en 1761, «Della magnificenza ed architettura de' Romani», en 1762 la edición de los Fastos consulares y en 1764 la obra «Antichità d'Albano e di Castel Gandolfo», que debió su origen a un famoso convite celebrado en el castillo veraniego del Pontífice (4). En 1767 honró el Papa, nombrándole caballero de la Orden de la Espuela de oro (5), al maestro que como ningún otro supo describir las ruinas romanas en encantador estilo poético (6). Los sobrinos del Papa, el serador Albondio, el cardenal Carlos y el prior de Malta Giovan Battista Rezzonico profesaban también a Piranesi alto aprecio (7). Conforme a sus diseños se construyeron estufas para el palacio del senado y la morada del gran prior (8). Giovan Battista

(1) Cf. \*Avviso di Roma del 29 de marzo de 1760, Cod. ital. 556, de la *Biblioteca pública de Munich*.

(2) Cf. Noack, 361; Allg. Deutsche Biographie, XXI, 348 s. Sobre el llamamiento y viaje de Mengs a Madrid cf. los \*informes de Manuel de Roda y Arrieta a R. Wall del 16 y 23 de julio, y 6, 13 y 20 de agosto de 1761, *Archivo de Simancas*. Acerca del vecino y más tarde cuñado de Mengs, Marón, v. Noack en el *Oesterr. Rundschau*, XIV (1908), 1389 ss.

(3) Cf. Focillon, Piranesi, 73 s.

(4) A. Samuel, Piranesi, Londres, 1910, 202 s.; Focillon, 74 s., 107, 112 ss.; A. Hind, G. B. Piranesi, Londres, 1922, 84 ss. En Castel Gandolfo recuerdan al Papa: las inscripciones de una puerta (Clemens XIII Pont. Max. laxata porta mollito clivo ampliata via ac strata commodiori accessui consuluit Pont. sui anno III), en el patio (cf. Guidi, Colli Albani, 62) y en la iglesia de Santo Tomás (inscripción de 1763, la cual recuerda que el Papa hizo colocar gradas ante la fachada, embelleció el sitio, adornó los altares con alacenas de mármol y regaló toda suerte de utensilios para la celebración del culto), además frescos y su escudo de armas en la sala destinada a recepciones de diplomáticos.

(5) El poeta delle rovine le llama Muñoz (G. B. Piranesi, Roma, 1920, 5).

(6) Focillon, 118.

(7) *Ibid.*, 74, 114.

(8) Muñoz, loco cit., 34.